



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

EL CONFLICTO DE MELILLA EN 1893

POR

AGUSTÍN R. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

Limitado en todos los aspectos, el conflicto de Melilla ha quedado regularmente oscurecido ante las otras dos guerras de Africa por antonomasia, la de 1859 y las largas campañas desde 1900 a 1927. En la memoria colectiva, su recuerdo fue igualmente relegado ante la siguiente crisis colonial de 1895 a 1898.

Justamente esa proximidad de fechas, nos sugiere la posibilidad de que actitudes y decisiones tomadas en ese trienio se vieran influidas por los hechos de Melilla.

En cualquier caso, el conflicto pondrá de manifiesto, si es que no lo hace nacer, toda una serie de tomas de postura que afectan desde la propia identidad nacional de España a la definición de su política exterior, pasando por el análisis de los conflictos bélicos, el lugar de los pueblos no europeos, etc...

Hemos utilizado para este análisis la prensa madrileña entre 1887 y 1898, especialmente desde octubre de 1893 a marzo de 1894. Para el encuadre de la cuestión nos debemos referir sustancialmente a la bibliografía reseñada a pie de página.

Marruecos en el último tercio del siglo XIX.

El caso marroquí ofrece similitudes con la situación china en la misma época; en ambos casos, un estado frágil intenta cerrarse a la influencia europea con decreciente fortuna.

Marruecos era un país lo suficientemente rico y cercano como para despertar apetencias imperialistas.

Pero, además, era débil: a la cabeza del estado se hallaba el Sultán, asistido por un consejo, el majzán. La autoridad efectiva del monarca se reducía al llamado "bled el majzán", territorio que incluía la mayor parte de la costa atlántica, desde Tánger a Agadir, y enclaves como Tetuán, Fez, Mequinez y Marraquesh. El resto del territorio, y su mayor parte, era el "bled es siba" que sólo reconocía al sultán una cierta supremacía religiosa.

Incluso en el "bled el majzán", la autoridad real estaba disminuida por la pervivencia de un mosaico feudal y tribal en perpetua agitación. Recaudar impuestos o reclutar tropas eran pesadas tareas que, a menudo, exigían la violencia física. Cada sultán, elegido dentro de la familia de los jerifes (descendientes del profeta) por el consejo de ulemas, tras asegurar una normalmente disputada sucesión, veía su reinado envuelto en una larga serie de luchas intestinas.

Nada podía favorecer más a injerencias extranjeras que este permanente estado de caos. Por ello, sólo el desacuerdo entre las potencias impidió el reparto hasta comienzos del siglo xx.

Inglaterra, sin grandes aspiraciones territoriales en la zona y con sus beneficios comerciales asegurados por el tratado de 1856, estaba fundamentalmente preocupada porque ninguna potencia adquiriera bases en el Atlántico y el Estrecho a costa de Marruecos.

Francia tendía a expandirse desde Argelia, ya lo había hecho hacia el este con Túnez, ahora, hacia el oeste su frontera (bastante imprecisa) lindaba con el inconexo "Blad es siba" marroquí. Italia estaba dispuesta a que no se repitiese el caso tunecino. Alemania, tras la voluntad bismarckiana de favorecer un reparto franco-español, incrementó sensiblemente sus intereses económicos en Marruecos, desembocando en reivindicaciones más premiosas ya en el siglo xx.

Pese a formales protestas de mantener el *statu quo* (cuya expresión más significativa fue la conferencia de Madrid en 1880), lo cierto es que las potencias intentaron por diversos medios y en diversas ocasiones obtener la primacía. La situación de Marruecos era tal, que a menudo se podían efectuar reclamaciones diplomáticas por agresiones a residentes europeos, sustraer con la "protección", súbditos, tierras y bienes al poder del sultán, comprometer su frágil hacienda con exigencias de indemnizaciones, préstamos y ayuda militar, tanto

en material como en asesores. Ante cualquier ventaja o trato más favorecido de alguna potencia, el resto exigía rápidamente del sultán la equiparación.

La política española en el área.

El régimen de la Restauración actuará en el exterior, salvo iniciativas aisladas, siguiendo tres premisas: neutralidad en Europa, defensa de Ultramar y expansión en Africa.

En lo que se refiere a Marruecos, se intentarán hacer efectivas las ventajas conseguidas por el tratado de Wad Ras de 1860, desde la obtención de Santa Cruz del Mar Pequeña a la cuestión de los límites de Melilla, desde el tráfico comercial a las misiones cristianas (1).

En creciente inferioridad de condiciones militares y económicas, España verá con progresivos recelos que las otras potencias discutan sus derechos exclusivos o preferentes en el área (2).

Como en las demás potencias, se aliarán iniciativas particulares con las de origen gubernamental entre 1877 y 1878; Cánovas intentará fijar la situación de Santa Cruz del Mar Pequeña (expedición del Blasco de Garay), entre 1879-80 presidirá la Conferencia de Madrid, y en 1884 apoyará decisivamente la expedición africanista de Bonelli al Sáhara, siempre intentando oponerse al asentamiento de otros países en el área (3).

Cuatro crisis sucesivas se desarrollarán en los años siguientes. En 1887 una grave enfermedad del Sultán hace creer su muerte próxi-

(1) Siguen siendo fundamentales las obras de BECKER, Jerónimo, *España y Marruecos, sus relaciones diplomáticas durante el siglo XIX*, Madrid, 1903; *Historia de Marruecos, apuntes para la historia de la penetración europea...*, Madrid, 1915, y *Tratados, Convenios y Acuerdos referentes a Marruecos y la Guinea española*, Madrid, 1918.

(2) Un análisis sistemático de la penetración económica y los intereses europeos en FIELDHOUSE, Barid K., *Economía e imperio. La expansión de Europa, 1830-1914*, Madrid, 1977, págs. 305-352, aunque basado en la obra de MIEGE, J. L., *Le Maroc et L'Europe*, París, 1961-63, 4 vols.

(3) Un juicio equilibrado sobre Cánovas y su política en el área en la obra de SALOM COSTA, Julio, *España en la Europa de Bismarck*, Madrid, 1967, CSIC, cap. VI, págs. 311 a 380. En la obra se señalan las limitaciones de esta política y el posible efecto negativo para los intereses españoles de la Conferencia de Madrid de 1880.

ma, temiendo que de la anarquía sucesoria resultante saque tajada otra potencia, el gobierno liberal siguiendo indicaciones de Moret concentra tropas en puertos andaluces. La tensión crece espectacularmente entre los gobiernos europeos. Como Muley Hassan no muere, Moret cambia de frente y reivindica, con escasa base histórica, el islote de Perejil entre Ceuta y Tánger, donde se comienza la instalación de un faro. La decidida oposición marroquí y europea fuerzan la renuncia española, envuelta en protestas de respeto al *statu quo*, disculpando la movilización por presuntas amenazas de los rebeldes marroquíes a las plazas y presidios y con filantrópicos deseos de ayuda a la navegación en el caso del islote (4).

En 1889 se suceden varios incidentes, típicos de toda la cuestión marroquí. En abril un mercante español el "Nueva Angelita" llega en arribada forzosa a Agadir, puerto cerrado al comercio europeo, y es detenido por el caíd. La reclamación diplomática obtiene una respuesta de evidente mala voluntad: tres meses de encierro, la tripulación es obligada a reembacar en el deteriorado buque, que, a poco de salir del puerto, y por la mucha mar, naufraga, debiendo regresar en un bote a Agadir los tripulantes.

Sin llegarse a resolver el caso, el 27 de agosto son asesinadas la hermana y la criada del médico militar Jordán de la misión militar española en Casablanca (obtenida ese mismo año a semejanza de otros países).

El 4 de septiembre es apresado por los bocoyas, tribu de Alhucemas, el mercante "Miguel y Teresa", que, al parecer, se dedicaba al contrabando. Peor aún, días después, el cañonero "Cocodrilo", enviado a investigar el caso a aquellas aguas, es tiroteado desde la costa.

En consonancia con los tiempos, España envía una escuadra que llega a contar con dos acorazados y cuatro cruceros a Tánger, para reclamar indemnizaciones por los barcos apresados y su inmediata liberación, el castigo del caíd de Agadir, la ejecución del asesino de las dos españolas y actos de respeto y salutación a la bandera española, agraviada por la agresión al cañonero (5).

(4) Un ejemplo de la «política de ejecución» de Moret y de sus recelos en el área hacia Francia en su *Memoria sobre política internacional* de 1888, cortesía de don Julio Salom.

(5) Una narración de las reiteradas intervenciones navales españolas en RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. R., *Política naval de la Restauración (1875-1898)*, Madrid, 1988, cap. VI, págs. 358-390.

Las indemnizaciones se demoraron, las otras reclamaciones fueron rápidamente atendidas, aunque para obligar a la ejecución debiera situarse el crucero "Castilla" en zafarrancho de combate ante Casablanca.

En 1890 un tiroteo en los aún imprecisos límites de Melilla entre fuerzas de caballería españolas y los rifeños provocó de nuevo reclamaciones diplomáticas y pecuniarias, de nuevo apoyadas por un despliegue naval, ahora del crucero "Colón".

Algo después, una sublevación en Tánger origina otro despliegue naval en Tánger, ahora de las cuatro potencias interesadas: Inglaterra, Francia, Italia y España. El embajador británico intentó capitalizar en exclusiva los hechos; los otros tres países frustraron su iniciativa.

Sólo en el aparentemente tranquilo período desde diciembre de 1890 a agosto de 1893, *El Imparcial* (14-XII-1893), recogía tres apremios de mercantes españoles, otro es tiroteado, así como el cañonero "Pilar" y varios choques en el campo de Melilla, con un balance de cuatro españoles muertos.

La reiteración de estos sucesos, ampliamente difundidos por la prensa, sirvió para hacer presente la denominada "cuestión de Occidente". Pocas personas de la reducida minoría que en España leía entonces la prensa, dejaban de estar al corriente de todo lo relacionado con Marruecos. Los incidentes y su divulgación llegaron a extender entre la opinión, fuera de los más restringidos círculos africanistas, la necesidad de una política más activa, y desde luego, más o menos intervencionista en Marruecos.

A estos incidentes que obviamente afectaban en mayor grado y número a España, se unía la dificultad para obtener de la corte marroquí desagravios, indemnizaciones y castigo para los responsables, lo que resultaba irritante. La conclusión lógica, nada desinteresada, era que o bien el Sultán era cómplice o impotente para evitarlos.

Evidentemente, en otra zona, agresiones menos graves y reiteradas habrían provocado una inmediata acción de fuerza imperial, como clamaban los intervencionistas no sólo españoles. Sólo la concurrencia entre las potencias impidió, de momento, que cualquiera de ellas los aprovechara en detrimento de la independencia de Marruecos.

Un incidente más, el más grave de todos, originó el conflicto de Melilla en 1893.

La contienda.

Melilla era en 1893 una pequeña población con una sorprendente presencia de judíos, que constituían un buen porcentaje de ésta y, al parecer, su parte más activa. Su guarnición, al mando del general Margallo, se limitaba a unos 2.000 hombres, entre ellos un batallón disciplinario. El tercer elemento de los pobladores de Melilla lo constituían los penados del presidio.

El campo había sido siempre, y como ya hemos visto, lugar de incidentes con los rifeños, tal vez por eso permanecía inculto. Sus límites, pese a sucesivos tratados en 1767, 1782, 1845, 1859, 1861 y más recientemente en 1891, no estaban claramente fijados, así como los de la zona neutral que debería separar los territorios marroquí y español.

Para evitar dichos incidentes y proteger la ampliación de la ciudad, que ya sobrepasaba las viejas murallas, se comenzó a construir desde 1884 una serie de fuertes: Cabrerizas Altas y Bajas, Camellos, Rostrogordo y otros. El último debería emplazarse junto al lugar llamado Sidi Guariach, muy cerca del límite y vecino a una mezquita y cementerio musulmán. En febrero de 1893 debían empezar las obras.

Al parecer, y según un artículo de *La Epoca* de 5-XI-1893 titulado "Imprevisión y torpezas", los jefes de las kábilas vecinas enviaron un escrito rogando que, por motivos religiosos, se edificara el fuerte en otro punto para evitar ser afrentados. El 14 de julio se renovaba la petición, ahora al propio general Margallo. En ambos casos, la administración española se negó a tomar en consideración el asunto, arguyendo plena libertad para construir obras defensivas dentro de sus límites.

Comenzadas las obras, se observó que los rifeños derruían por la noche lo construido. Decidido a evitar esto, y tras infructuosas negociaciones con el gobernador real marroquí del campo, quien se consideraba incapaz de mantener el orden, Margallo dejó allí la noche del 30 de septiembre una sección (40 hombres) del batallón disciplinario como centinela.

En la mañana del 2 de octubre, y cuando se acercaba al punto indicado una fuerza de un centenar de soldados y setenta penados

(utilizados como obreros), los kabileños atacaron súbitamente, cercando a la pequeña fuerza que se atrincheró en las obras ya realizadas.

El general Margallo, tras guarnicionar los fuertes y la propia Melilla sólo pudo disponer como fuerza de rescate de unos 300 hombres. Después de un duro combate y gracias al apoyo artillero de los fuertes, pudieron los españoles retirarse hacia la plaza; habían tenido 18 muertos y 40 heridos, y Sidi Guariach quedó en poder de los rifeños. Para aumentar la ira de los españoles, se descubrieron cadáveres de soldados que habían sido objeto de mutilaciones.

Tras el combate apenas se sucedieron más que tiroteos aislados, especialmente contra el cañonero "Cuervo" y el vapor "Sevilla" de la Transatlántica.

Se observó que los rifeños disponían de fusiles Remington, del mismo modelo que el reglamentario del ejército español. Como a igualdad de armamento, la superioridad del tirador rifeño era evidente, se activó la sustitución del rifle por el Mauser ya decidida con anterioridad.

Por otro lado, el ministro de Estado, Segismundo Moret consultó a las demás potencias acerca de la actitud a tomar. Estas respondieron reconociendo el derecho español a fortificarse y castigar a los agresores, pero insistían en que no se mezclase al Sultán en la cuestión, y se limitara la acción a la zona cercana a Melilla (territorio del *bled es siba*). Por lo demás y mientras no se saliera de este marco, las potencias declaraban sus simpatías hacia España y ofrecían sus buenos oficios (6).

Moret insistió acerca de la excitación pública que el hecho había causado, y que su repetición podría provocar un "estallido ... que arrastre al Gobierno y le obligue a declarar la guerra". Por su parte, el ministro de España en Tánger, Potestad Fornari, advertía al Sultán de que las tropas podrían pasar la frontera para castigar.

Las negociaciones se retrasaron considerablemente, el Sultán se hallaba envuelto en otra expedición punitiva y las reclamaciones españolas no hallaban interlocutor adecuado.

Mientras tanto, se envió a Melilla una comisión técnica para estudiar sobre el terreno el problema de las fortificaciones y fueron

(6) Para el medio diplomático en que se desarrolló la contienda, y sus antecedentes, es fundamental la obra de FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Manuel, *España y Marruecos en los primeros años de la Restauración (1875-1894)*, CSIC, Madrid, 1986.

llegando refuerzos con una marcada lentitud por la insuficiencia del mal llamado puerto (no disponía de grúas y los barcos no podían refugiarse en él si soplaba Levante), la falta de alojamiento, de agua, de víveres y condiciones sanitarias para albergar allí una fuerza importante.

Al mismo tiempo se descubrían importantes operaciones de contrabando de armas hacia los marroquíes desde la misma plaza y desde Gibraltar. Por su parte los rifeños hacían trincheras dentro, al parecer, del campo español, previendo un ataque.

La situación sólo se alteró el 21 de octubre, cuando el crucero "Conde Venadito" abrió fuego sobre las trincheras enemigas. Era la primera respuesta española desde el día 2, y era el aniversario de la batalla de Trafalgar. La prensa que no cesaba de pedir acción perdió el tino alabando al comandante del buque, Díaz Moreu.

Poco después el crucero "Bennington" de la U. S. Navy fondeó en Melilla, pretextando error de navegación, pero con la evidente intención de curiosear.

La "drôle de guerre" terminó el día 27, la presión en España era cada vez mayor y la diplomacia no avanzaba; Margallo, que ya disponía de 3.500 soldados y 83 cañones, decidió un avance para rodear de trincheras los comprometidos fuertes exteriores. En el combate que siguió, las fuerzas españolas fueron rechazadas pese al apoyo de la artillería y del "Venadito". En el centro del despliegue, un núcleo con el general Margallo quedó aislado de la plaza, debiendo refugiarse en Cabrerizas sin agua ni provisiones y con pocas municiones.

De noche siguió el combate, la situación llegó a ser desesperada. El general Ortega debió armar a la población civil de Melilla (incluso a los odiados hebreos) para poder organizar una columna de rescate. El día 28 se logró auxiliar a los cercados, pero Margallo resultó muerto y la situación seguía comprometida.

La llegada casi inmediata del general Macías, sustituto de Margallo, con una brigada y un regimiento de infantería restableció la situación. En total, hasta el día 30 los españoles habían sufrido otros 40 muertos y 121 heridos.

La lucha se convirtió en una serie diaria de escaramuzas, cada vez menos cruentas, provocadas por los convoyes a los fuertes y el continuo bombardeo de éstos y de la flota de los poblados rifeños, incluso de noche, utilizando los entonces casi desconocidos focos eléc-

tricos, con un evidente efecto moral sobre el enemigo. Este perdía rápidamente agresividad, escaso de municiones, con grandes bajas, impotente ante la artillería y los buques de guerra y viendo cómo eran destruidos sus hogares (los españoles no se creían obligados a ser caballerosos con un enemigo al que consideraban salvaje).

La lucha volvió a languidecer mientras la oposición y la prensa clamaban por una gloriosa victoria. Los refuerzos continuaban llegando, ascendiendo a 23.000 hombres los reunidos en el escaso lugar disponible (7).

Ya que de momento no se podía matar moros, se decidió al menos expulsar judíos, acusados de connivencia con el enemigo. Aquellos hombres que habían empuñado las armas para defender la plaza debieron embarcarse para Orán a comienzos de noviembre con sus escasas pertenencias, excepto los acusados de contrabando de armas, delito en el que también estaban implicados españoles, es decir, cristianos.

Siguiendo con la tarea de "limpiar" la plaza se expulsaron 60 prostitutas, enviándolas a Málaga, con una significativa diferencia de trato.

El 25 de noviembre el Gobierno nombró general en jefe del ejército de operaciones a don Arsenio Martínez Campos, quien a poco dio un bando amenazando con la pena de muerte a los que hicieran contrabando, los que impidieran la llegada de confidentes y los que informasen sobre las disposiciones militares, con evidente disgusto del gran número de corresponsales destacados allí.

El Sultán ya había enviado a su hermano Muley Araaf con tropas reales para imponer el orden. Siguieron prolijas conversaciones para pedir la entrega de los cabecillas y la destrucción de las trincheras rifeñas.

El 10 de diciembre con todo el ejército formado, Martínez Campos ordenó celebrar una misa en el mismo Sidi Guariach. Tras ella, se discutió el nombre del nuevo fuerte, al parecer se propuso llamar-

(7) Entre las numerosas obras coetáneas que narran la contienda citaremos: GARCÍA, Rodrigo y NOCEDAL, Ramón, *La campaña de Melilla. Relación verdadera*, Madrid, 1894; HERNÁNDEZ MIR, Francisco, *Farrucos y gallinas. Impresiones de un viaje a Melilla*, Sevilla, 1894; LLANOS Y ALCARAZ, Adolfo, *Melilla, historia de la Campaña de África en 1893-1894*, Madrid, 1894, y REPARAZ, Gonzalo, *Los sucesos de Melilla*, Madrid, 1894; es de destacar la *Historia de las Campañas de Marruecos*, publicada por el Servicio Histórico Militar de Madrid, 1947, 3 vols., págs. 365-407.

lo "Victoria". Martínez Campos rehusó secamente y al final se le impuso el de "Concepción".

El 28 de diciembre Martínez Campos fue nombrado embajador extraordinario en la corte de Marruecos; tras largo viaje y negociaciones se llegó al tratado de Marrakesh de 5 de marzo de 1894 que preveía el castigo de los cabecillas rifeños, la exacta delimitación de la frontera y zona neutral, el libre acceso de los moros a la mezquita y cementerio de Sidi Guariach, el establecimiento de 400 "moros del rey" para evitar incidentes tanto en Melilla como frente a Chafarinas, Alhucemas y Vélez de la Gomera y el pago como indemnización de 20 millones de pesetas.

Por convenio adicional de 24-II-1895 se pospusieron las cuestiones del castigo y de los límites y se rebajó la indemnización.

El 8 de junio de 1894 murió el Sultán Muley Hassan; de nuevo se tomaron medidas militares y se enviaron el crucero "Venadito" y el "Legazpi" a las costas marroquíes. Pero la atención ya se estaba desviando en España hacia otros problemas.

Tanto que el incidente en Melilla del 29 de abril de 1896, práctica repetición del de 1890, pasó casi desapercibido, cuando años antes se hubiera hablado de "casus belli". Poco después, el 7 de octubre de 1896, un buque francés fue asaltado por piratas rifeños; el vapor español "Sevilla" acudió a auxiliarlo y, en el combate subsiguiente, murieron tres españoles, un francés y un número indeterminado de marroquíes. Los piratas obtuvieron luego un rescate por el capitán francés que había quedado en sus manos. De nuevo, y pese a la repetición del hecho, apenas hubo repercusión; Cuba y Filipinas eran ya mucho más importantes que todos los sueños africanistas (8).

LAS RESPUESTAS

La unión sagrada.

La situación a comienzos del otoño en 1893 distaba de ser tranquilizadora para el gobierno y el régimen mismo de la Restauración. La crisis económica muy visible ya desde fines de la década anterior

(8) Al menos en proporción a las respuestas anteriores, para las nuevas reclamaciones y demostraciones navales, *vid.* nota 5.

había contribuido a definir dos frentes para los que la Restauración carecía de respuesta adecuada: la crisis obrera y el resurgir de los nacionalismos vasco y catalán. Las manifestaciones de ese descontento eran bien visibles y recientes: desde el abucheo a Sagasta e incidentes en el veraneo de la corte en las costas vascas, al atentado anarquista de Pallás contra Martínez Campos en Barcelona el 25 de septiembre (9).

Aparte de las "alteraciones andaluzas" (Jerez 1892) y la comprobación de que los republicanos seguían siendo una fuerza electoral en el mismo 1893. Por ello, si tal vez el conflicto no fue buscado, desde luego fue bien recibido:

"¡Cautivador espectáculo! El honor de España está en tela de juicio, y particularismos regionales, cuestiones de campanario, antagonismos de clase, conveniencias de bandería, todo ha sido puesto en olvido. Las pequeñas patrias han desaparecido ante la patria grande. Nadie piensa ahora en que es gallego o navarro, castellano o catalán, sólo se acuerda de que es español".

"Después de la última fatigosísima temporada, durante la cual presiones exclusivistas, intereses egoístas, desapoderados, sórdidos, atronaban con sus gritos los espacios y parecían amenazar con la disolución del Estado y de la patria nacional, se ha revelado en generosa explosión todo patriotismo, todo el españolismo que no podía por menos de quedar en el noble corazón de nuestro pueblo".

"No hay mal que por bien no venga, y los salvajes rifeños ... han venido a ser ocasión de que se compruebe de que a despecho de todas las miserias de nuestra vida pública, el carácter español permanece en toda su vigorosa integridad..."

"Mejor que nadie también este gobierno ha podido sentir la perniciosa influencia de la atmósfera densa, cargada de miasmas, en que el país entero parecía envuelto durante los últimos meses. Desde que una cuestión exterior, un asunto de empeño y honra nacional ha sobrevenido, no parece sino que se ha abierto un gran ventilador y que la atmósfera política se ha purificado, se ha oxigenado" (10).

(9) Un análisis de las mentalidades e intereses españoles en el área durante la época, en HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, *Pensamiento burgués y problemas coloniales en la España de la Restauración*, Madrid, 1982; también puede consultarse LECUYER, M. C. y SERRANO, C., *La guerra d'Afrique et ses repercussions en Espagne, ideologues et colonialisme en Espagne, 1859-1904*, Rouen, 1976.

(10) *El Imparcial*, editorial «Movimiento Saludable», 6-X-1893.

Este era el sentir general en la prensa: un elogio de la guerra que sirve no sólo para relegar cuestiones, sino para demostrar, a despecho de la ineficacia de los gobernantes, el natural y espontáneo patriotismo del pueblo, depositario de los rancios valores del honor y honra patrios.

La misma Regente se hace eco de la idea en nota oficiosa:

“Las monarquías constitucionales deben guiarse por las palpitaciones de la opinión, que en estos momentos vibran poderosamente pidiendo la represión y el castigo de las tribus rifeñas. Yo estoy dispuesta a seguir las indicaciones del Gobierno, pero me sería muy grato que éste, respondiendo al sentimiento general, procediese en la cuestión de Melilla con la energía y la rapidez que el hecho vandálico y repugnante de las kábilas marroquíes reclama” (11).

El cardenal primado de España, monseñor Monescillo no piensa otra cosa:

“... Mas ya que no tenemos estadistas, ni generales, ni aun dinero para subsanar los errores del pasado, sigamos atentamente y con simpatía el patriótico movimiento que la nación inicia, y veamos los héroes que se revelan para alentarlos y fortalecerlos con nuestro aplauso”.

“Ya lo dije en la catedral hace unos días: antiguamente, durante la última etapa de la Reconquista, los Reyes Católicos, sus heraldos y enviados citaban a nuestros antepasados para ante los muros de Santa Fe, yo, ante la feroz acometida de los rifeños, después de otorgar mi bendición a cuantos vayan a pelear contra la morisma, digo: ¡Españoles a Melilla!” (12).

Afortunadamente, ya que todo falla, se sigue disponiendo de los recursos retóricos del “sano pueblo español” y del enemigo racial, religioso y tradicional: el moro. Se habla de opinión en un país mayoritariamente analfabeto y se habla de superación de “antagonismos de clase”, cuando los reclutas son, simplemente, los españoles que no han podido pagar la redención a metálico. Eso sí, las reformas militares de Cassola en 1887 parecieron inaceptables a muchos de los adalides de la unión nacional.

(11) *La Epoca*, 7-X-1893.

(12) *El Liberal*, 30-X-1893.

La situación no deja de recordar analogías con otras pretéritas, y desde el mismo pasado lo señala la reina desterrada: Isabel II.

“Tú sabes lo que yo quiero a mi patria y conoces perfectamente mis sentimientos, como lo prueba el que evoques el recuerdo de nuestra guerra de Africa, que es para mí imperecedero; así, puedes figurarte con qué ansiedad recibo noticias de ésa y el placer que embarga mi alma al saber el entusiasmo del ejército y de todas las clases sociales para mantener intacto el buen nombre de España y su gloria inmaculada”.

“No tengo necesidad de decirte que si la guerra estalla, mi corazón estará con nuestros soldados, los cuales, con la ayuda de Dios y su valor indomable, conseguirán una vez más la victoria y nuevos laureles para nuestra queridísima nación” (13).

Desde el polo opuesto Pi i Margall también ve analogías, ahora ominosas:

“Estamos otra vez en peligro de correr aventuras. Oyense gritos de guerra y en muchas plazas se aprestan tropas con destino al Africa. ¿Volvemos al año 1859? ¿Exageraremos nuevamente la reclamaciones para que no pueda aceptarlas sin desdoro el sultán de Marruecos? ¿Querrá el actual gobierno, como el de O'Donnell, buscar en luchas de religión y de raza un medio de desviar la atención de los partidos y sostenerse en el mando? (14).

Indudablemente, la situación económica del país no es la mejor para comenzar la guerra, pero para ello también hay respuesta:

“¡Que somos pobres!”, que somos débiles dirá algún espíritu pusilánime. ¿Y qué? Pues precisamente por eso, porque no tenemos la fortaleza material de otras naciones, no nos es lícito consentir lo que éstas en más de una ocasión han consentido”.

“Como el hidalgo venido a menos, exageradamente susceptible en puntos de honra, así los pueblos que a una historia llena de glorias y grandezas tiene que unir un presente angustioso, están obligados a velar por lo único que las queda; es decir, por el honor. ¿Qué

(13) En carta de contestación al señor Crespo de Gálvez, gentilhomme de Su Magestad, quien la felicita por su cumpleaños, publicada en *El Imparcial*, 20-X-1893.

(14) De «El Resumen», publicado por *La Epoca*, en 11-X-1893.

será, si no, de ellos? A merced del primer audaz viéranse de seguro" (15).

Así, pues, la guerra no sólo evitaría tensiones interiores, también, y en plena época del imperialismo era la única forma de mantener el prestigio exterior y disuadir a voraces competidores; el más débil debe de ser más agresivo si quiere sobrevivir, pues el derecho ya no asegura su existencia.

El gabinete.

Para el Gobierno la situación, con todo, no dejaba de tener aspectos desagradables. El partido liberal se había comprometido desde los ochenta en una política de moderación de los gastos militares, los llamados "presupuestos de la paz", al hilo de las dificultades económicas de la nación. Por otro lado, cuando estallaron las incidentes de Melilla, el ejército estaba sufriendo una amplia reorganización incluso en lo referente al armamento individual, al sustituir los viejos Remington por el nuevo fusil Mauser.

Sagasta se hallaba enfermo y fuera de la corte.

El gabinete mostró, en ausencia de su líder, indecisión y faltas de acuerdo entre sus miembros. Moret, ministro de Estado y López Domínguez de Guerra, son buenos ejemplos:

Un corresponsal del *Heraldo de Madrid* interrogaba a Moret a la salida del Consejo de Ministros "¿Hay por fin notas, señor ministro? Balas y no notas, es lo que estamos dispuestos a enviar" y comentaba *La Epoca*: "esta es la contestación, hermosamente sobria, que ha dado el Ministro. Este es el lenguaje que ha empleado por fin un Gobierno que parecía sumiso. El Gobierno ha despertado de su sopor. El señor Moret ha sacudido su espíritu y ha dado con el pie a la enfermiza incertidumbre" (16).

Por contra, y paradójicamente, ese mismo día el general López Domínguez se mostraba mucho menos belicoso:

"No creo que los sucesos de Melilla sean inusitados, ni tengan siquiera la gravedad que la opinión exaltada ha querido atribuirles. Es muy sensible lo que allí ha ocurrido, pero hechos como ese se han

(15) *El Correo Militar*, editorial «Fusiles, en vez de Notas», 6-X-1893.

(16) *La Epoca*, «Ecos del Día», 6-X-1893.

repetido hasta lo infinito en la historia de todos los países, y reto a que se me cite un solo caso en que una nación que ha sufrido ataques de esa naturaleza haya creído que necesitaba declarar la guerra para vengar la ofensa inferida por unos salvajes”.

“¿Qué se pretende? ¿Quieren que conquistemos el Rif? ¿Quiere la patria hacer el sacrificio de hombres y de dinero necesario para tamaña empresa?”.

“Llevar un ejército de diez o doce mil hombres a Melilla, atacar a las kábilas, internarlas y destruir cuanto se encuentre al paso, para retirarse luego, ni es eficaz ni a nada verdaderamente útil conduce. Dueñas otra vez del campo las kábilas, reconstruirán lo que hubiéramos destruido y volverían a ocupar las posiciones que ahora tienen. Lo verdaderamente eficaz es fortificar todo nuestro campo...”.

(El general se extiende sobre las dificultades que ofrece Melilla como base de operaciones, la imposibilidad de alojar allí crecidos contingentes en condiciones higiénicas aceptables, etc...). Y concluye:

“El Gobierno cree que toda tentativa en ese sentido sería una verdadera demencia; entiende que cuando la patria lo exige se puede pedir el sacrificio de un centenar o un millar de sus hijos, pero que está, a la vez, obligada a economizar su sangre, si ésta ha de verterse en verdaderos simulacros de guerras de todo punto estériles para el honor de nuestras almas”.

“Con dolor se resigna de antemano a tan dolorosa prueba, exigida en honra de la bandera nacional, pero no está dispuesto a arriesgar una sola vida más de las absolutamente necesarias para que satisfaga aquel patriótico compromiso” (17).

Aun cuando el general no lo cite, es evidente que el veto de las potencias a una penetración española en Marruecos ha bastado para disuadir, al menos a parte del Gobierno, de repetir otra estéril aventura como en 1859.

Moret matiza su postura, pero predice mayores complicaciones en un discurso en Zaragoza:

“Desde luego nosotros continuaremos sin interrupción la construcción de nuestros fuertes. A eso es a lo que con toda energía está dispuesto el Gobierno”.

(17) *El Liberal*, 6-X-1893.

“Mandar fuerzas al Rif es una locura. ¿Dónde acamparían? ¿Qué se consigue con dar el paseo militar por aquel terreno inculto y arrasarlo, si éstos son pequeñas cabañas que cuesta a las kábilas menos tiempo hacerlas que a nosotros destruirlas?”.

“Esta es, pues, la situación del asunto, si a las notas enviadas por el Gobierno no contesta el Sultán a España tan satisfactoria y cumplidamente como yo espero, la guerra con Marruecos es inmediata y tal vez sea origen de la europea”.

“Declarada la guerra, nuestras fuerzas no irían nunca al Rif, irían a Ceuta y Tánger” (18).

La postura temeraria de Moret no prosperó; Sagasta, tras su enfermedad y mutismo, declara:

“¿Qué ciudad, qué territorio hay que podamos conquistar al fin de nuestra jornada y como premio a nuestra victoria? Ninguno, porque ese territorio del Rif para nada nos sirve, y sucederá que cuando las tropas den la vuelta al Gurugú y hasta acampen en él, no encontrarán moros con quien combatir, sin perjuicio de que cuando se vuelvan, aparezcan de nuevo los moros, ocupando los sitios de donde se les haya desalojado”.

“Ya sé yo que está muy arraigado en la opinión el deseo de un «enérgico castigo a las kábilas», pero si en ese castigo, aunque mueren 500 moros, mueren 20 españoles, es un castigo que nos sale bien caro, pues las vidas de nuestros soldados sacrificadas estérilmente, con nada se pagan” (19).

Sagasta añade que con el castigo inferido hasta la fecha (han terminado ya prácticamente los incidentes) es suficiente, y se queja de los enormes gastos bélicos.

La oposición.

Cánovas pensaba de forma bien distinta:

“Por modestos que sean los límites en que debe encerrarse nuestra acción, no debe ésta restringirse hasta el punto de incurrir en una prudencia tan exagerada que pudiera ser calificada de debilidad”.

(18) *La Epoca*, «Declaraciones Graves», 20-X-1893.

(19) *La Epoca*, 22-XI-1893.

“Según eso, ¿podríamos traspasar los linderos de nuestro campo para castigar a los marroquíes y construir nuestro fuerte?”.

“Ciertamente. Es más, sería una insigne torpeza que se considerasen enajenados nuestros derechos de soberanía en nuestro territorio y beligerancia en el suyo, declarando o admitiendo desde ahora que no traspasaríamos nuestro campo. Siguiendo ese criterio, ¿cómo habríamos de poder construir el fuerte ante el enemigo? Si el caso llega, habrá que rechazarlo hasta donde sea necesario”.

“Para mí es evidente que no podemos menos de hacer responsable al Sultán, y aun de amenazarle con nuestra hostilidad, si es preciso. Lo contrario sería declarar sagrado su territorio y considerarle a él como irresponsable”.

“Claro es que la adquisición de nuevos territorios no sería consentida por ellos (las potencias europeas). En este punto no hay lugar a duda. Pero una cosa es el mantenimiento del *statu quo* y otra la ocupación temporal de un territorio para asegurar la correspondiente indemnización. Acaso sea preciso crear un campamento delante de Melilla, y aun, si fuera preciso, delante de los límites de nuestro campo, de la misma manera que el Duque de Tetuán fijó sus tiendas delante del Serrallo y del Otero” (20).

Esta postura, reclamando “energía” (la palabra del momento) para salvar la dignidad nacional, ya que no para obtener ventajas o conquistas, será la general, incrementándose con el tiempo y los sucesivos incidentes. Se proponen reiteradamente en la prensa la toma del Gurugú como centinela de Melilla, y desembarcos hacia El Atalayón para ampliar y mejorar las líneas defensivas.

Sin embargo, tal postura conduciría rápidamente a una escalada; todo parecía lo más adecuado y hacedero, pero, ¿qué hubiera pasado de producirse en 1893 un desastre como el del Barranco del Lobo en 1909? De agravio en agravio, y de combate en combate, las tropas españolas se hubieran visto envueltas en una extenuante campaña para concluir todo igualmente con una indemnización y un arreglo fronterizo en el campo de Melilla, tras incrementar sensiblemente la tensión internacional. La otra posibilidad, la de que los riñones se “evaporasen” ante un potente despliegue de fuerzas, llevaría a una situación no mucho más airosa, y las dificultades logísticas e

(20) *La Epoca*, 15-X-1893.

higiénicas impondrían igualmente una pesada carga de bajas por enfermedad.

Todo lo que se podía hacer era repetir la guerra del 59 en peores condiciones que entonces, o iniciar las campañas del siglo xx sin protectorado.

El ejército.

La prensa militar es aún más crítica con el gobierno por su falta de actividad. El ejército se considera especialmente agraviado, y arrogándose la representación del sentimiento de la nación, se dispone, al menos verbalmente, a allanar los obstáculos que se interponen en su misión vengadora.

“Hemos sido insultados en Melilla y la nación en masa debe responder a este insulto, han asesinado a nuestros hermanos y debemos vengarlos; han invadido un territorio que es nuestro, y debemos a toda costa recobrarlo”.

(No castigar) ... es demostrar a la faz de Europa que somos un pueblo degenerado con el cual pueden atreverse hasta esos miserables a los que hicimos morder el polvo en 1860...

“Harto sabemos que las relaciones internacionales imponen deberes a los cuales no se puede faltar, más tratándose de salvajes que fuera de concierto civilizado viven, ni tales relaciones existen, ni hay ley que obligue a respetarlas aun cuando existieran”.

Se insiste en que las potencias aceptarán una ocupación temporal para añadir:

“... acudir a la vía diplomática sin que la preceda un acto de fuerza, es constituirnos en juguete del caduco imperio marroquí, cuya mala fe es conocida, y de la cual tenemos tristes y recientes pruebas”.

“Medita el Gobierno ... y si no tiene dinero ... tómelo prestado de cualquier parte, que el ejército sin necesidad de comisarios regios ni del voto de las Cortes, se compromete a cobrarlo con usura del Emperador de Marruecos, y a devolver con usura esas viles monedas envueltas en banderas musulmanas” (21).

Otro órgano del ejército, “La Correspondencia Militar” expone:
“Si la resolución del conflicto se dejara, única y exclusivamente,

(21) *El Correo Militar*, editorial «Unánimes», 5-X-1893.

en manos del Gobierno del señor Sagasta ... peligrarían la honra, el decoro y el prestigio de nuestra querida patria, y estaríamos amenazados de cubrirnos de ludibrio y de vergüenza”.

“Pero la opinión no debe alarmarse, la opinión no debe abrigar tan pesimistas dudas, sin dudar del patriotismo, del valor y de la abnegación de nuestro ejército, a cuyo esfuerzo está ya encomendada la solución del conflicto de Melilla. Aquel general, aquellos jefes y oficiales, aquellas clases y soldados que en la africana tierra son hoy los representantes genuinos de la madre patria, han contraído un deber y han adquirido un derecho: el deber de vengar con agresión formidable, la formidable agresión de los moros; el derecho de desligarse de toda influencia que no esté inspirada en tal deber y decidir por sí mismos el triunfo del honor nacional, defendiendo el honor y el prestigio del uniforme que visten” (22).

Tales amenazas no llegaron a cumplirse, pero estamos lejos de creer que fueron vanas: muestran el arranque de actitudes que fructificarán más adelante.

El ambiente.

La generalidad de la prensa dedica a diario grandes espacios a reseñar animados embarques de tropas, suscripciones y ofrecimientos de toda clase; por citar un solo ejemplo, *La Epoca* del 9-X-1893 recoge:

“En Málaga. Aumentan diariamente en aquella capital las manifestaciones de entusiasmo. Las señoras toman activa parte en el movimiento de la opinión. La Junta de Damas Nobles del Hospital ofrece dicho establecimiento benéfico para los jefes y oficiales en campaña y su asistencia personal a los enfermos. La población entera elogia con mucho ardor este rasgo de desinterés, de caridad y de amor al ejército. Todas las clases sociales están dispuestas a hacer los mayores sacrificios para contribuir al mejor éxito de la campaña. El Círculo Mercantil se ve constantemente lleno de jefes y oficiales que son invitados por el presidente de la sociedad. Las fuerzas del ejército son objeto, en las calles de Málaga, de repetidas y entusiasmadas demostraciones de afecto. La empresa de toros dio entradas gra-

(22) Recogido por *La Epoca*, 22-XI-1893.

tuitas en la plaza a los soldados y clases, y además regaló seis palcos a los jefes y oficiales”.

“Ofrecimientos. En Cádiz piensan organizar una sección de francotiradores, costeándose cada cual su armamento, sin disfrutar sueldo, y si sólo la ración del soldado en el momento en que el pelotón quede constituido. Dicen que irán a Melilla sin que el Estado tenga que pagarles el pasaje. En Guipúzcoa y Navarra se proyecta organizar batallones de voluntarios, si fuera preciso, para la defensa de los fuertes de Melilla...”.

Igualmente recogen suscripciones y se ofrecen voluntarios de Ultramar, con la consiguiente satisfacción.

Se regala a las tropas; en Málaga (junto con Cádiz y Barcelona uno de los puertos de embarque principales) nuevamente se obsequia a cada soldado con un real, a cada cabo con una peseta, a los sargentos con dos y a los oficiales con una caja de puros (23).

Conocidas marcas comerciales contribuyen a los obsequios. El primado de España telegrafía al capellán del Hospital de Melilla: “Por mi cuenta facilite caldo, jamón y gallina, vino de Jerez para heridos” (24).

Mientras, y contradictoriamente, los 80.000 reservistas movilizados por el gobierno están tan desatendidos que surgen motines, singularmente en Getafe (25).

La manifestación patriótica no puede faltar en este cuadro; el manifiesto de la organizada en Madrid el 29-X-1893, decía:

“Madrileños: la gloriosa bandera roja y gualda de nuestra patria, la que siempre ondeó triunfante sobre la Media Luna, la que hizo morder al potente rey moro de Toledo y al orgulloso kalifa de Córdoba; la que un día, hermanos del ilustre general Prim, derrotó en los Castillejos al grueso del ejército marroquí, ha sido pisoteada por las kábilas del Riff”.

“La sangre de nuestros soldados, heroicamente vertida en Auriach y la profanación de que fueron objeto nuestros hermanos, pide sin tregua ni parlamentos un ejemplar castigo”.

(23) *El Imparcial*, 6-X-1893.

(24) *El Liberal*, 1-XI-1893.

(25) Cfr. *El Liberal* de 14-XI-1893 a 20-XII-1893, que inicia campaña llamando la atención sobre el problema.

“Las dilaciones sólo sirven para que el encuentro sea más terrible y mayor el derramamiento de sangre”.

“Queremos, pues, venganza cumplida y pronta” (26).

El cardenal primado, monseñor Monescillo, también hace ofrecimientos: “Con oraciones privadas y públicas, ofrezco al Gobierno de España todo el vigor del sentimiento religioso, todo el poder de la unidad católica y todas las energías del amor patrio en apoyo del ejército español”.

Una nueva etapa que se prolongará hasta el 98 es la de los embarques de tropas para ultramar, en animados muelles, mientras resuenan las bandas tocando “El dúo de la africana” y, con mayor éxito y continuidad, la marcha de la zarzuela “Cádiz”, recientemente estrenada y de la que ahora se dice “hoy ya es casi un himno nacional” (27).

Por otro lado, el recuerdo de la guerra de Africa de 1859 está aún vivo, como hemos podido observar. A distancia de una treintena de años había un importante sector de la población testigo de los hechos y el recuerdo y la comparación surgían sin dificultad.

Incluso se reinventa un nuevo “cancionero de la guerra de Africa”. Ni que decir tiene que los tiempos han cambiado y lo heroico y romancesco se vuelve irónico y burlón. No somos los primeros en señalar el giro paródico que la opinión coetánea vio en esa segunda edición africana (28). Pero, nada más claro que revisar la prensa, y en concreto la sección “Revista Cómica” de *El Liberal* para observar ese carácter de comedia, de zarzuela o de romance chusco que ahora sirve de correlato al conflicto de Melilla (29).

Subsisten las coplillas bélicas entonadas por los soldados; sin embargo, un cierto tono lastimero viene a matizarlas: los reclutas empiezan a ser víctimas de un enemigo cruel más que invictos guerreros. Mariano de Cavia, desde *El Liberal*, comenta un hecho significativo: la copla patriótica:

(26) *El Liberal*, 29-X-1893.

(27) *La Epoca*, «La marcha de Cádiz», 8-X-1893.

(28) Esta es también la opinión de LECUYER y SERRANO, en *La Guerre d'Afrique...*, ver nota 7.

(29) Especialmente los días 8-X-1893 y 14-X-1893.

“¡Adiós puente de Tudela!
 Por debajo pasa el Ebro
 por encima los franceses
 que van al degolladero”

se ha transformado en otra, de signo bien distinto:

“¡Adiós Cabrerizas Altas!
 ¡Adiós Fuerte de Camellos!
 ¡Memorias a los soldados
 que van al degolladero!” (30).

Racismo.

Sueltos como el siguiente eran muy comunes en prensa.

“Sevilla: el sargento licenciado del Regimiento de Alava, Enrique Pérez Gutiérrez, ha dirigido una carta llena de patriotismo al general Chinchilla, ofreciéndose para marchar a Africa a combatir con los rifeños. En un párrafo dice: “Tengo verdaderos deseos de emborracharme bebiendo sangre de moro”.

“Este patriota es sevillano” (31).

Otro, también repetido; al embarcarse un soldado grita a unas muchachas:

“Qué hermosísimas son ustedes. Si me dieran una flor o un recuerdo suyo, juraría traer la cabeza del primer moro que encuentre. Las tres señoritas hicieron además de quitarse una flor, que todas llevaban..., pero una de ellas, adelantándose, entregó al soldado un pañuelo de seda que llevaba en la mano. Cogiolo el soldado y dijo: cumpliré mi palabra” (32).

La ponderada *La Epoca* intenta poner las cosas en su sitio:

“Todos los días viene una gran parte de la prensa dándonos traslado de buen montón de frases célebres dignas de Manolito Gázquez. Aquí un valiente quiere comer carne de rifeño; habla otro de emborracharse con sangre mora; quien, blandiendo una navaja de Al-

(30) *El Liberal*, 10-XI-1893.

(31) *El Liberal*, 10-X-1893.

(32) *El Imparcial*, 15-X-1893.

bacete, se ofrece a desorejar a todos los moros de una kábila, y, aquí, en Madrid, en nombre del cuerpo escolar, una turba de estudiantes novilleros pide, a voz en cuello ante una tienda de alfombras, las cabezas de dos moros de moqueta" (33).

Sin embargo, el mal debía estar tan extendido que Rodrigo Soriano, corresponsal de *La Epoca*, divertía poco después a sus lectores ofreciéndoles el "menú de circunstancias" con que se había obsequiado en una acampada cerca del escenario de los combates, y que incluía entre sus platos "chuletas rifeñas", "sardinas de moro escabechadas" y otras delicias (34).

Luis Morote, en *El Liberal*, racionaliza este racismo visceral (gastronómico, diríamos nosotros) en su artículo "Errores acumulados", toda una exposición de racismo y darwinismo social, muy acorde con la era del imperialismo:

"No entra por escasa medida en estas torpezas inalicificables de nuestros gobiernos el error de no emprender una selección activísima, enérgica, exterminadora, con estas kábilas que son verdadero oprobio para la vecindad de una nación civilizada. Inglaterra cumple en la India esa misión selectora extirpando toda la raza indígena. Son como auxiliares de la Naturaleza los pueblos que se encargan de mejorar su obra. Eternamente existirá la cuestión de Melilla, si no se emplean esos medios de acción tan violenta como humana. Que al cabo se sirve a la humanidad logrando que se extingan todas sus especies obstáculo a la empresa de su progreso y desenvolvimiento".

"Pensad, si no, en lo que serían estos terrenos fertilísimos en manos de valencianos, de murcianos, de andaluces, o, si no se quiere llegar a ese extremo, en manos de moros de Tetuán o de Tánger.

"A fe que Francia no tendría esa Argelia, que no parece tierra africana, si empleara los procedimientos atrasadísimos que empleamos nosotros" (35).

(33) *La Epoca*, editorial «Pasmarotes», 23-X-1893.

(34) *Ibid.*, 8-XII-1893.

(35) *El Liberal*, 20-X-1893.

El factor internacional.

La preocupación por la actitud de las potencias europeas interesadas en Marruecos es constante en la prensa. Cada periódico analizará repetidamente la cuestión, mostrando sus filias y sus fobias, fundamentalmente hacia el Reino de la Gran Bretaña y la República Francesa. Un papel fundamental en estas actitudes lo juega la simpatía por el régimen político imperante en cada país, tanto al menos como sus apetencias en Marruecos.

El temor a un acuerdo entre ellas, que soslaye los intereses españoles, es manifiesto:

“Bien se descubre el juego de la pérfida Albión y sus proyectos sobre Marruecos..., ya al proponer a Francia un reparto del codiciado imperio, extendiendo esta nación sus colonias de Argel hasta Ceuta y quedándose Inglaterra con Tánger y la costa del Atlántico, ya, y esto es lo que los ingleses miran con más fruición, permitir a Francia la conquista de Marruecos, siempre que ella preste su consentimiento para que la ocupación de Egipto se convierta en completa posesión”.

“Tal es nuestra situación y tal es el resultado de nuestra política internacional..., si llegan a ponerse de acuerdo aquellas potencias, que desaparece de nuestra vista esa constante esperanza, ese eterno ideal que aún mantiene en nosotros el ardor bélico o el espíritu de conquista, y nosotros que hemos llevado nuestras armas por todos los ámbitos del mundo y que hemos conquistado un continente, quedaremos estacionados e inertes pareciendo, más que cuerpo pujante, varonil y enérgico, una momia en cuyas engomadas vendas se hallan escritas nuestras proezas y nuestras hazañas” (36).

A falta, o desconocimiento, de un trabajo sobre este aspecto, nos atrevemos a anotar en toda la prensa estudiada un sentimiento muy reiterado de impotencia diplomática española. Son otras potencias las que impiden nuestra expansión en Africa, e incluso, para mayor afrenta, se considera que ha sido más eficaz la presión de otras diplomacias que la de nuestras reclamaciones y alardes de fuerza.

Pero a la agresión y a la torpeza de nuestra acción militar y/o

(36) *El Correo Militar*, «La cuestión de Occidente», 15-XI-1893.

diplomática se añaden catástrofes caseras: la primera, la voladura del "Cabo Machichaco", en Santander, el 3 de noviembre, con un horroroso saldo de destrucciones y centenares de víctimas; si en un principio se pensó en un accidente, los perfiles de responsabilidad humana fueron pronto evidentes, siendo tajantes con la repetición de la explosión el 21 de marzo de 1894, cuando se procedía a salvar el casco y parte de la carga.

Peor aún, a los pocos días, el clima de reconciliación nacional se vino abajo con el atentado de El Liceo.

Mariano de Cavia recoge el sentir general al observar el cambio de un antiguo refrán referido al mes de noviembre:

"Dichoso mes
que entra con todos los Santos
Y media con San Eugenio
y sale con San Andrés".

Ahora se dice:

"Maldito mes
que entras con todos los Diablos
Y medias con la Anarquía
y sales con Lucifer" (37).

Incluso llegan a correr rumores, luego desmentidos, de que los saharauis han destruido la factoría de Río de Oro. Intermitentemente se levantan pequeñas partidas en Cuba. Reales o imaginarias se creen vislumbrar catástrofes; en lo referente a Melilla se teme por una guerra europea o una intervención extranjera que afecte a las Canarias, etc.

La pérdida de juicio.

Perdido el prestigio en el exterior, con una grave crisis de confianza en lo interior, la prensa intenta salir del atolladero africano por medio de un *casus belli*. La normalmente ponderada *Epoca* propone a Martínez Campos que envíe:

(37) *El Liberal*, 28-XI-1893.

“... Cuatro o cinco mil soldados, sin armas, a pasear todos los días por el campo neutral que, como suyo, tienen los moros, y con prevención de que no les ofendan ni aun los miren. De esta suerte nos colocaremos en condiciones algo desiguales a las de los rifeños que, armados, profanan aquel territorio. Y si al usar de nuestro indiscutible derecho son ofendidos los españoles, ya sabrá el general en jefe lo que debe hacer, teniendo allí resignado y ansioso de luchar a ese ejército de 23.000 hombres que España envió a Melilla a defender la integridad del territorio y a vengar las ofensas recibidas de los moros del Riff” (38).

Tan descabellado plan se proponía cuando ya apenas se sucedían incidentes (según disminuía su importancia aumentaba el tono vengador de la prensa) y cuando se estaba ya en negociaciones con el Sultán. Era todo un deseo de prolongar y agravar el conflicto cuando éste ya estaba languideciendo.

Pero aún se descendió más; viendo el fin del conflicto, se envidia al tan denostado enemigo:

“... el salvajismo parece que en estos tiempos de civilización que corren da derecho a la impunidad”.

“Permite atropellar por todo, ofender a los demás, herir a los inermes, violar el territorio ajeno, cometer toda suerte de atentados y, al ver próximo el castigo, parar el brazo vengador, adoptando la prudente táctica de permanecer en los adueros en espera de un golpe que allí no ha de llegar porque hay pedorosas intervenciones que lo impiden”.

“Por lo cual, ante este cuadro de vergüenzas, sólo se nos ocurre decir: ¡Quién fuera salvaje!” (39).

Fin de la guerra y fin del año.

Tras tanto clamar por la guerra, tras hacer depender de la contienda la resolución de tantos males en el interior y la afirmación del prestigio del país en el exterior, al fin no hay guerra. La conclusión es desconsoladora.

(38) *La Epoca*, editorial «La zona neutral», 26-XII-1893.

(39) *El Correo Militar*, editorial «¡Quién fuera salvaje!», 4-XII-1893.

“Durante el año terrible que acaba, por fortuna, de dimitir, no ha habido plaga que no nos haya visitado, ni dolor que no hayamos sufrido, de tal suerte que no se cerraba una llaga sin que se abriese otra más dolorosa que la anterior”.

“En todas partes el motín y la revuelta, herida de muerte la industria, el comercio en ruinas con la enorme subida de los cambios; en las calles, en los sitios de público recreo y en los mismos hogares, la intranquilidad y la asechanza, y como si todo esto no fuera bastante, inundaciones, explosiones, incendios, epidemias..., los negros días pasados por Job en el muladar no fueron más tristes que los pasados por España en el lecho de brasas a la que la han arrojado los ocho ministros notables..., uno más que los pecados capitales...”.

“Y sin embargo todavía nos deparaban nuestros prohombres mayores amarguras. En medio de las tribulaciones que sufría, nos consolaba la confianza en nuestra propia fortaleza: creíamos que, abatidos como estábamos, conservábamos restos de nuestras antiguas energías. Un nuevo desengaño ha venido a quitarnos también esta última ilusión”.

“Nadie había en España tan inocente que nos creyese en el caso de poder luchar con ninguna de las grandes naciones de Europa... Pero, tratándose de las tribus del Riff, creíamos de buena fe que podíamos echárnoslas de valientes, y hasta de héroes. Bastó la acometida de los moros el día 2 de octubre para que saliéramos de nuestras casillas y hablásemos de los almogávares, y de las Navas y del Salado...”.

“Pero, ¡ay!, también nos engañábamos, tras de penosos esfuerzos, hemos enviado a Melilla 22.000 hombres y tres o cuatro docenas de generales, hemos gritado como locos, casi tanto como los franceses cuando decían: ¡A Berlín! Hemos apurado el repertorio de las frases gruesas y de las amenazas tremebundas..., y todo para que al cabo de tres meses vuelvan nuestros soldados sin haber realizado por las almas de los pobres soldados degollados por los moros sobre otras empresas que la de oír Misa con todo recogimiento, sin duda las mismas piedras que sirvieron para construir el improvisado altar. ¡Raro ejemplo de cristiana mansedumbre!” (40).

(40) *La Epoca*, editorial «¡Cómo acaba y cómo empieza!», 2-I-1894.

En otra ocasión, el mismo periódico se lamentaba:

“Triste, tristísima, más que tristísima, vergonzosa, es la situación del Gobierno que padecemos. En sus manos inexpertas el patriotismo nacional se ha disipado como humo... Y, ¿cómo era posible que el patriotismo resistiese a la corriente de aire frío que sobre él había lanzado el Gobierno? Los resultados están patentes: la nación, convencida de lo inútil de sus entusiasmos y de lo poco serio de su aventura, encuéntrase en caso parecido al de Don Quijote, al regresar, triste de espíritu y quebrantado de cuerpo a aquel lugar de cuyo nombre no quería acordarse Cervantes. Gran responsabilidad para el Gobierno la que ha contraído al quitarnos a los españoles hasta el entusiasmo por la patria, único resto de sus antiguos idealismos” (41).

El Liberal se dolía en su editorial “¿España?”.

“Nadie extrañe, nadie lleve a mal estos signos de interrogación (que también pueden ser de duda) puestos a derecha e izquierda del nombre de la patria”.

“Hasta aquí, los signos con que acompañábamos todos nombre tan querido, eran los signos de admiración”.

“Pero ahora resulta que el pensar alto es de mal tono, que el sentir hondo es de mal gusto, y que el hablar fuerte... es de mala, de muy mala educación”.

“Nada de ensoberbecernos, ni de indignarnos, ni de irritarnos, ni de incomodarnos, ni de criar mala sangre, ni de interrumpir la siesta clásica y tradicional” (42).

“*El Correo Militar* no se quedó atrás, el 2-I-1894 publicó como esquela la vuelta de las tropas españolas a la península. En ese mismo número, su editorial “Finis coronat” afirmaba:

“El año funesto que ha poco terminó, se lleva consigo la honra nacional y el prestigio del Ejército, únicos jirones de nuestro antiguo prestigio que conservábamos...”.

“Sin honra la nación y sin prestigio el Ejército, ¿dónde iremos que no nos desprecien...? Si la vida de las naciones fuese tan breve como la de los individuos, diríamos que España se encontraba en ese período que precede a la agonía”. Tras proponer vagamente diversos

(41) *La Epoca*, «Patriotismo», 20-XII-1893.

(42) *El Liberal*, 17-X-1893.

remedios, el editorial concluye: "cualesquiera de estos procedimientos puede aceptarse; todo menos que continuar así porque la muerte viene del modo peor que puede venir: por consunción".

Rodrigo Soriano escribía en *La Epoca*:

"El telón se levantó hace unos meses: hoy ha bajado por fin. La obra termina en estos momentos. El drama, comedia o sainete, que de los tres géneros se compone, empezado en Melilla y seguido en Marrakesh, llega a su último acto, pues habrá muy pocos espectadores que se queden en el teatro para asistir al poco interesante epílogo..." (43).

Esta misma sensación de ridículo lo recoge Mariano de Cavia:

"Mal año, devuelto por manso no por mulillas, sino por Muleyes".

"... hasta los que juraron

por la cruz de su apellido

Y por la cruz de su espada...

Atracarse de higadillos y criadillas marroquíes, han concluido por comer con los moros... huevos duros.

La tragedia

torno *in commedia*..." (44).

Coincidiendo en el análisis, pero intentando capitalizar la situación, Ruiz Zorrilla lanza un manifiesto desde París:

"Hoy puede darse por terminada la cuestión de Melilla a entera satisfacción de la Corte y los partidos monárquicos, a entera satisfacción de los rifeños y del Sultán de Marruecos, a entera satisfacción de Austria y de la Triple Alianza, a entera satisfacción de Inglaterra, con vergüenza para nuestro pueblo, con vergüenza para nuestro ejército, tratado hoy con irritante sarcasmo por la prensa de las naciones que influyen en nuestro destino y casi compasivo afecto por la francesa, que simpatiza con nosotros, por razón de raza y por razones de orden político. Amenazas de un lado, conmiseraciones de otro, es lo que hoy inspira nuestro pueblo y nuestro ejército. La restauración hace su camino; nos acaba de envilecer: empobreciéndonos viene desde que impera; a las puertas nos ha conducido ya de la ruina" (45).

El tema de la crisis del régimen lo plantea *La Epoca* desde una perspectiva opuesta, el 25-XI-1893, aniversario de la muerte de Al-

(43) *La Epoca*, 13-III-1894.

(44) *El Liberal*, «La de humo», 13-XII-1893.

(45) *El Imparcial*, 29-XII-1893.

fonso XII, en el editorial "Tristezas nacionales", tras recordar la crisis sucesoria de 1885 se pregunta: "¿Cuál será la suerte de España en el grave conflicto a que nos ha llevado la incapacidad de los actuales gobernantes? ¿Qué días de duelo nos esperan? ¿En qué oscuras profundidades está el fondo del abismo, en qué manos insensatas nos precipitan?".

Conclusiones.

Como es sabido, la atención en España se desvió pronto de Marruecos: a comienzos de 1894 se desarrollaron las operaciones del general Blanco en Mindanao para asegurar definitivamente el control de la isla, poco después la guerra chino-japonesa hizo temer por las Filipinas. Al año siguiente, 1895, la guerra era una realidad en Cuba.

Siguieron surgiendo incidentes en Marruecos, pero lo que antes era jaleado por la prensa y elevado hasta el *casus belli*, ahora era relegado por la injerencia de una situación en Ultramar que se deterioraba rápidamente.

La mayor parte de las lecciones de la guerra de Melilla hacen referencia a una situación preexistente, pero ahora el conflicto las va a hacer más patentes: España era un país pobre, decadente en relación con el resto de los europeos, se era consciente de que el sur latino ha cedido frente al norte sajón. Y esto era especialmente grave en la época del imperialismo, en la cual "el derecho es la fuerza" y el socialdarwinismo aplicado a las razas y los países predica la superioridad del más fuerte en la "lucha por la subsistencia"; el débil debe sucumbir, no tiene lugar en el concierto de los más aptos.

En España se percibe una dolorosa sensación de ridículo, de haber ofrecido una imagen de país débil. La conclusión será que el uso de la fuerza no debe restringirse ni posponerse. Es algo generalmente aceptado que la tibieza de la acción militar española alentó a los conspiradores cubanos, que creyeron que España se mostraría nuevamente remisa a emplear la fuerza (46).

Tal vez la famosa frase de "hasta la última peseta y la última gota

(46) FERNÁNDEZ ALMAGRO, M., *Historia política de la España contemporánea*, Madrid, 1974, 2 vols., pág. 233.

de sangre" y las durísimas políticas de Weyler en Cuba y Polavieja en Filipinas tuvieron como primera referencia la sensación de fracaso que desencadenó Melilla.

En lo referente a política internacional y frente al optimismo de la década anterior que lleva al acuerdo con la Triple Alianza en 1887, renovado en 1891, ahora crece una desconfianza frente a las decisiones del concierto europeo. España no pudo hacer valer derechos de ninguna clase sobre Marruecos sin el consentimiento de los grandes. En 1895 no se renueva el tratado, y desde entonces se intentará evitar la presencia de terceros ni aun como mediadores, limitando el conflicto ultramarino a un asunto meramente interno. No faltaban razones para decisiones de este tipo, pero ésta era una forma poco satisfactoria de evitar la cada vez menor autonomía de España en política internacional.

Pero debemos volver al tema de la política de fuerza, ya que otros factores se unen tras 1894 a los generales de la época del imperialismo para reforzar su necesidad para España. La tesis de que la vieja nación debe actuar "como el hidalgo venido a menos, exageradamente susceptible en puntos de honra" único modo de sobrevivir, de nuevo parece adelantarse a formulaciones del desastre. Viene a ser como repetir que deben aceptarse todos los envites, cueste lo que cueste.

A esto se añade algo que será evidente también en 1898: el régimen de la Restauración puede incluso perder una guerra, lo que no puede permitirse es no afrontarla, renunciar al uso de la fuerza es "perder la cara" (47).

Tal vez el temor venga de ese reiteradamente invocado "sano pueblo español depositario de las virtudes patrias", ya que por debajo de la retórica hay un inconfesado miedo a un pueblo ajeno al régimen.

Más inmediato que la cólera popular está el descontento de los militares que ahora, con Melilla, comienzan a verse como una alternativa a un régimen que empieza a demostrar su incapacidad. Aunque se necesitarán nuevas guerras y nuevas crisis para que esto llegue a ser una realidad tangible, resulta significativo que el propio gobierno se escude tras la personalidad del general Martínez Campos, no ya sólo en la dirección de las operaciones militares, sino, incluso, en la negociación diplomática.

(47) SERRANO, C., *Final del Imperio. España (1895-98)*, Madrid, 1984, páginas 41 y sigs.

Este complejo de inferioridad, esa sensación de debilidad contra la que sólo se puede luchar con la violencia misma, engendra su propia jerarquía buscando un alivio y una salida. Se admite la posición secundaria de España, pero se insiste en que aún existen otras poblaciones por debajo de los decadentes latinos o hispanos; "semisalvajes" o "caducas", se dispondrá de ellas sin excesivos remordimientos de conciencia: desde el bombardeo de los míseros adueros rifeños a la reconcentración de Weyler o la venta del pueblo filipino en 1898. En todo ello hay poco del pretendido quijotismo de la vieja e hidalga nación cristiana, ahora venida a menos.

Se podrá objetar que en su origen algunas de estas actitudes surgieron antes del propio régimen, de la propia guerra de Melilla, o bien que sólo cobraron vigencia tiempo después. Pero a la luz de los textos transcritos, parece que seguían actuando o ya operaban hacia 1893.

Por todo lo dicho, tal vez la guerra de Melilla represente una charnela entre el nacionalismo triunfante de 1885 (las Carolinas) y 1892 (Centenario del Descubrimiento) y el nacionalismo agónico (en el sentido estricto de lucha) que culmina en 1898. Desde 1893 la solución más buscada frente a los problemas que se acumulan parece consistir en masivos embarques para Ultramar de reclutas a los sonos de la "Marcha de Cádiz".